

Esculpir

Hasta crear algo aparentemente simple es tremendamente complicado

Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de segundo de Periodismo en la EHU

Estaba escribiendo algo distinto a lo que está usted leyendo. Una historia de un detalle que aprecié paseando por la calle; el resultado, bueno, un amasijo de frases con aparente atractivo, aunque con estructura confusa y de difícil comprensión. Ya sabe, esa idea que uno tiene y, de tan buena que es —o cree que es—, le da la vuelta y le sale peor que mal.

No, casi mejor que, en este reposo en los albores del ocaso, en este espacio conversatorio o charleta de naturaleza profunda con brebajes etílicos desconocidos como silenciosos contertulios, en esta atmósfera canicular —y esta, su música, de ritmo parsimonioso— que nos embriaga de calma, que en esta situación de inapetencia de productividad, nos dejemos de pedantes circunloquios narrativos. Na, qué necesidad, oiga, que estamos de vacaciones.

Con el sol pegándome en el cogote, con este menester de encontrar palabras bonitas por mi pretendido ministerio de columnista, me acordé, precisamente, de una de Juan José Millás, una magnífica —como todas o casi todas las que escribe o, más bien diría, esculpe—. “Escritura y pánico”, la llamó, y de veras que la reproduciría en esta humilde sucesión de líneas palabra por palabra, pues no le movería ni una sola coma; pero eso sería muy poco original por mi parte, poco sesudo. En cambio, me gustaría recuperar, al menos, una idea: que escribir no siempre es sencillo. Es según el día. Yo a eso lo llamo inspiración, y cada vez la preciso más inexorablemente siempre que garabateo pensamientos.

Con las risas de fondo de mis amigos, llega un crepúsculo nostálgico. Libreta en mano, aguardo esa bendición del plectro. Tumbado en una hamaca y obstinado con la nada, me digo: “Joder, oye, qué bonita es la escritura y qué maravillosas las palabras”. Recuerdo esa columna que le dedicó el periodista Manuel Vicent a su difunto amigo Raúl del Pozo por su fallecimiento: “Nos veremos en Capri”. La tituló con lo último que le dijo al también periodista Del Pozo —entendido “Capri” como una suerte de imaginario paraíso común para después del último suspiro—. Capri, sí. ¿No es increíble? Quise algo de tamaño índole para este texto, pero, ya sabe, aquello de innovar. No, de nuevo esto, algo de andar por casa. Todo lo anterior lo maquinaba en mi cabeza hasta que, de repente, uno de mis camaradas entonó un “a cenar” y di por interrumpida mi meditación. Esta vez tocaba pizza.